



CAPÍTULO TRES:

TRANSICIONES Y ESCENARIOS DE LA MASCULINIDAD

Introducción

En el capítulo anterior se presentó lo que significa ser hombre para los jóvenes de los países en estudio, y se analizaron los mandatos para el cumplimiento de la hombría que se derivan de este “deber ser”. Este capítulo está centrado en cómo estos mandatos se activan y se cumplen, y cuáles son los procesos o recorridos que realizan los adolescentes y jóvenes varones en los distintos países.

Si a los jóvenes adolescentes se les pregunta si ellos son “hombres”, dirán que en algunos aspectos sí, en otros no, y en otros sólo parcialmente. Como los mandatos someten a esos jóvenes a dar múltiples pruebas de su cumplimiento, ellos nunca terminan de estar seguros de si son, por fin, plenamente hombres o no. Incluso en algo aparentemente tan evidente como la constatación de los rasgos físicos de la masculinidad, aún allí permanece la duda.

LA HOMBRÍA ES UN MANDATO ABSOLUTO, PERO NO ESTÁ NUNCA PROBADO DE MANERA DEFINITIVA, PORQUE SU PRODUCCIÓN ES UNA TRANSICIÓN ENTRE LA NO-HOMBRÍA Y LA HOMBRÍA.

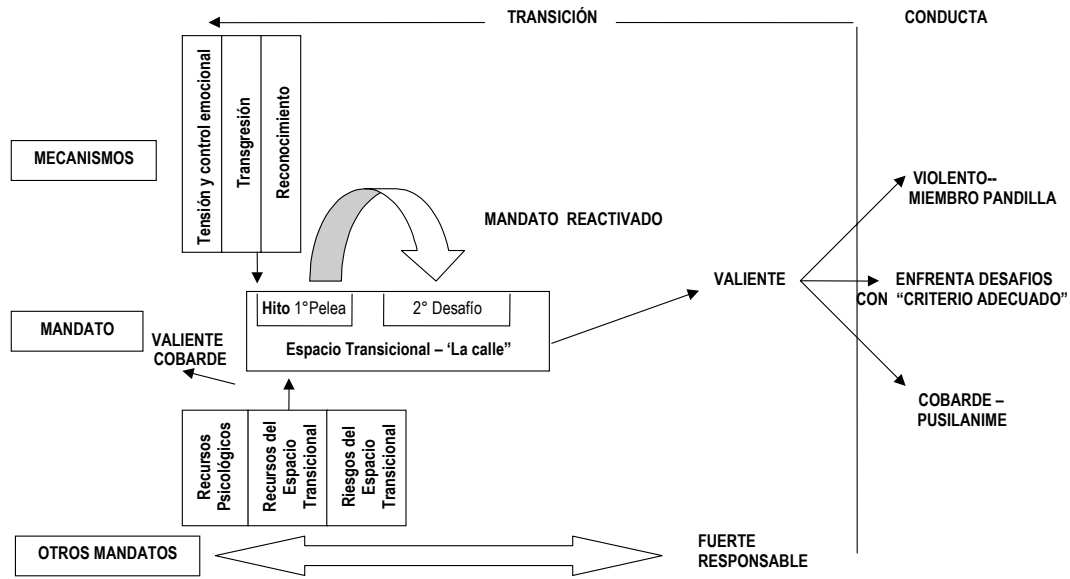
La producción o conquista de la masculinidad es definida y vivida por los jóvenes como un **tránsito entre situaciones preexistentes o latentes no masculinas y la masculinidad**. Esas pueden denominarse “transiciones a la masculinidad”. En los relatos de los adolescentes, el tránsito hacia la hombría se produce desde la niñez y/o desde la amenaza latente de homosexualidad o afeminamiento. Se entiende también como un alejarse de la madre, y supone un desplazamiento hacia varios espacios donde toma un nuevo significado el alejamiento del orden doméstico. La cancha de fútbol es uno de esos espacios, y es tan importante como el acceso al mundo del trabajo, las relaciones con los amigos y la pareja.

¿Dónde ocurren las transiciones?

El Gráfico II ejemplifica esquemáticamente la transición para un mandato de la masculinidad: el de ser valiente. Cumplir los mandatos supone transitar entre conductas reprochables y conductas deseables. Este tránsito está siempre caracterizado por el logro de **hitos o eventos** que representan el cumplimiento de un mandato en una situación específica (en este caso la pelea como respuesta a un desafío). De especial importancia es el reconocimiento que este logro tiene por parte de los demás, los pares, la otra o la familia. El logro de cada hito o evento moviliza mecanismos psicosociales intensos (emociones y su control, transgresiones, reconocimiento). Una vez ocurrido el evento, el mandato se reactiva, es decir, pelear una vez no asegura ser hombre.

Los mandatos de la masculinidad se activan en escenarios (espacios y actores) específicos para cada cultura.

Gráfico II: La transición y el mandato de la valentía



Los cuatro grandes escenarios donde se activan los mandatos de la masculinidad son los mismos espacios relacionales desde donde provienen o se construyen los mandatos:

Frente a **Sí Mismos**, donde aparecen diferenciado el cuerpo y el carácter

Frente a **La Otra**, como objeto del deseo

En los **Espacios Intrafamiliares** de la casa

En los **Espacios Extrafamiliares**, donde están:

- La calle u otros espacios públicos como la escuela o el espacio laboral, donde **Los pares** son el actor predominante
- Los medios de comunicación

La transición desde el Sí Mismo: el cuerpo y el carácter

El recorrido del cuerpo

Cuadro VII: El cuerpo

Escenario	Mandatos en acción	Hito/Evento	Recorrido predominante	Recorrido alternativo
El Sí Mismo El cuerpo	<ul style="list-style-type: none"> • Ser fuerte • Resistente • Capaz sexualmente • Capaz laboralmente 	<ul style="list-style-type: none"> • Ocurrencia de cambios físicos puberales • Polución nocturna • Masturbación • Percepción de normalidad de cambios físicos 	<ul style="list-style-type: none"> • Logro de cuerpo fuerte y capaz de un buen desempeño sexual 	<ul style="list-style-type: none"> • Retraso en el inicio de cambios físicos o percepción de anomalía produce exclusión transitoria del modelo tradicional

En todos los países en estudio, sin excepción, **los cambios físicos** experimentados durante el desarrollo puberal activan una especial preocupación por el logro de un “cuerpo de hombre”. El muchacho empieza a darse cuenta de las transformaciones corporales de las cuales es objeto. Principalmente aparición de vello, cambios de la voz y de la musculatura. En general, los cambios se esperan con paciencia y con entusiasmo. Las transformaciones en torno al pene (tamaño, vello, posibilidad de eyacular) son las que provocan mayor preocupación.

Los adolescentes varones se consideran superiores a las mujeres o a los niños. La superioridad se relaciona principalmente con una cierta imagen corporal ideal: músculos, pene desarrollado, fuerza, aparición de vellos y también de ciertos olores: *“Puedo echarme un quintal y me lo aguanto”, “la fuerza es mayor en el adolescente”, “la voz se oye más clara”, “los huesos se desarrollan más grandes y fuertes”, “los testículos son más grandes en el adolescente”, “echa músculos”, “bigote, barba, vellos en axilas y pubis”, “hediondo a sajino”, “piel más dura”, “se hace tatuajes”.*

La pubertad es definida y aceptada como una etapa transitoria en los diversos grupos sociales, pero es más corta en las áreas rurales y urbano-marginales, donde las personas son integradas de forma más rápida a la producción económica. Se consideran los 15 años como una edad en la cual el cuerpo ha terminado sus principales cambios.

Los cambios son experimentados positivamente: *“me gusta”, “me siento bien”, “uno se siente bien”, “más desarrollado, más grande, ya no me siento un niño”.* No obstante, también provocan tensiones al marcar el fin de una época en que la irresponsabilidad es posible. Además, a medida que se avanza en edad, se adopta una actitud vigilante frente a la ocurrencia y normalidad de los cambios, la cual está acompañada de ansiedad.

En el grupo de menores de 14 años, **la masturbación** aparece como una conducta exploratoria de la propia sexualidad, placentera, y que es compartida con los pares, pero no con los padres por temor a ser censurados. Aparece y se instala como una “conducta secreta”. En los adolescentes estudiados existen opiniones variadas sobre la masturbación. Para unos es algo natural ya que todos lo hacen (*“el cuerpo le pide a uno”*). También hay quienes piensan que es un vicio que debilita y “perturba la mente”. Unos dicen que el problema surge cuando se hace demasiado frecuente. Persiste en los grupos estudiados la consideración de la masturbación como un problema o una situación pecaminosa, creencia que se acentúa respecto de su exceso: *“Si uno se masturba la carga se va para atrás y se vuelven cochones, porque se hacen hormonas de mujer” (Jamaica)*. En los mayores, la masturbación adquiere una dimensión relacional y aparece, para algunos, como un síntoma de la incapacidad de los jóvenes para seducir mujeres.

También existe diferencia en la forma como son vividos los cambios corporales de acuerdo a la edad de los jóvenes. En el período de la pre-adolescencia o la adolescencia recién iniciada (en el estudio de 10 a 14 años) la preocupación está centrada en la ocurrencia de los cambios, y el mayor efecto percibido es en relación con la adquisición de una fortaleza y resistencia corporal que no existía en la infancia. Entre estos cambios, que son reconocidos y celebrados por los familiares, destaca el cambio de voz como indicador de desarrollo. Esto probablemente refleja también que otros cambios corporales, especialmente en los genitales, no son comunicados a los padres.

A medida que avanza la edad, 15 a 19 años, comienza a cobrar fuerza la preocupación por la “normalidad” de los cambios. Las transformaciones corporales se articulan más explícitamente en torno a la afirmación de una autoimagen física de “normalidad”. Los sueños mojados, la masturbación, las erecciones espontáneas y el tamaño de los genitales son fenómenos que confirman esta normalidad.

EL ADOLESCENTE ASPIRA A QUE LOS CAMBIOS EN SU CUERPO SE PRODUZCAN NORMALMENTE. LA CONSTATACIÓN DE LA “NORMALIDAD FÍSICA” ESTÁ RELACIONADA CON LA CONSTITUCIÓN DE LA AUTOESTIMA Y AMBAS, A SU VEZ, CON LA EXPECTATIVA Y POSIBILIDAD DE GENERAR LA ATRACCIÓN DEL SEXO OPUESTO.

Tener relaciones sexuales con una mujer es el gran hito que establece la resolución de la tensión niño/hombre y normalidad/anormalidad, con lo cual se resuelve positivamente también la necesidad de reconocimiento por parte de los pares. La relación normalidad-autoestima se profundiza a medida que avanza la edad, y tiene importancia porque identifica un momento de alta vulnerabilidad en el desarrollo del joven adolescente, en el que es posible hacer una intervención psicosocial.

El tamaño del pene tiene especial importancia entre los cambios corporales. Esto aparece más explícito en El Salvador, México, Brasil y Jamaica. En este último país, los adolescentes practican un ritual grupal que consiste en azotar el pene contra un árbol, con el objeto de alargarlo. Los cambios corporales también se vinculan con una preocupación en torno a la capacidad y desempeño sexual a partir del tamaño del pene: “...pero no sé como se sentiría ella, si se sintiera complacida”, “... cuando uno está con una mujer, ella dice no me hiciste nada” (El Salvador).

En el grupo de jóvenes mayores, los cambios corporales se vinculan más notoriamente a la capacidad y desempeño sexual, y aparece con mayor énfasis una evaluación de los cambios corporales desde la perspectiva de su capacidad de resistencia laboral. También manifiestan un mayor rechazo hacia la masturbación, en la medida que a esta edad puede vincularse a la incapacidad para seducir a mujeres.

Los mismos jóvenes son claros para dimensionar la relación de los cambios físicos con la masculinidad: “Los cambios del cuerpo no bastan para ser hombre”.

Recorrido predominante: Después del período de latencia, el cuerpo es el primer escenario donde la masculinidad se activa y representa. Esta representación se inicia con la aparición de los cambios puberales, cuyo logro está representado por tener un cuerpo fuerte y capaz de un buen desempeño sexual. Este recorrido es vivido con una actitud vigilante y competitiva entre los jóvenes. Su cumplimiento es la base e inicio de otros recorridos transicionales a la hombría.

Recorrido alternativo: Los jóvenes que perciben que su desarrollo puberal se aparta de la norma social observada, se ubican en una situación transitoria de exclusión frente al modelo de masculinidad tradicional y generan mecanismos compensatorios individuales.

El recorrido del carácter

Muy sincrónicamente con los cambios corporales, los adolescentes experimentan cambios en su forma de ser que se vincula con hacerse hombre. En todos los países estos cambios del carácter son considerados tanto o más importantes que los cambios corporales, y se refieren a un activo abandono de ciertas conductas asociadas a la niñez: “Ya no pienso en jugar con un carro”, “ya no pienso como un niño”, “no lloro delante de otros”. Implica trabajar, cocinarse, hacerse cargo de la mantención de la casa. Los jóvenes plantean que este comportamiento tiene que venir oportunamente, no antes de tiempo, opinión en la que subyace el deseo de no abandonar prematuramente el período más lúdico.

HACERSE HOMBRE IMPLICA ACTUAR CON MAYOR RESPONSABILIDAD, CON CONFIANZA, SEGURIDAD Y AUTONOMÍA.

Cuadro VIII: El carácter

Escenario	Mandatos en acción	Hito/Evento	Recorrido predominante	Recorrido alternativo
El Sí Mismo	<ul style="list-style-type: none"> • Duro 	<ul style="list-style-type: none"> • Permisos de los padres 	<ul style="list-style-type: none"> • Dejar ámbito materno 	<ul style="list-style-type: none"> • Ingreso tardío al mundo de la responsabilidad por prolongación de estudios
El carácter	<ul style="list-style-type: none"> • Responsable • Autosuficiente 	<ul style="list-style-type: none"> • Controlar emociones • Peleas • Trabajos ocasionales 	<ul style="list-style-type: none"> • Dureza emocional • Abandono del mundo lúdico de la niñez • Ingreso al ámbito de la responsabilidad 	<ul style="list-style-type: none"> • Mantención de conductas lúdicas y relaciones de mayor cercanía afectiva con padres • Soporte en la autoconfianza

Algunos mencionan el “derecho a hacer nuevas cosas”, especialmente en relación con las actividades de “quebrador bacanal” (vida sexual activa, participación del espacio público, adicciones): “Ya puedo tener relaciones sexuales”, “podemos dejar embarazada a una mujer”. También está presente el derecho a no ser controlado por los demás. Esto se asocia a la percepción de cambios no sólo corporales, sino también psico-sociales, que se relacionan con una mayor confianza en sí mismo.

Recorrido predominante: En asociación con el recorrido transicional del cuerpo, en el recorrido del carácter lo central está dado por la adquisición de la dureza emocional y de la autonomía que le permita al joven abandonar el ámbito materno--el mundo lúdico de la niñez--y entrar al ámbito de la responsabilidad, de la calle y del encuentro con la mujer. Esta transición está fuertemente influida por la cercanía y las modalidades de relación y reconocimiento que el joven tiene con los padres y con los pares.

Recorrido alternativo: Algunos jóvenes retrasan el ingreso al ámbito de la responsabilidad y del trabajo mediante la prolongación de los estudios. Esto también les permite retrasar el inicio sexual y mantener conductas lúdicas a las que no quieren renunciar. Este recorrido se apoya en la mayor autoconfianza y desarrollo emocional de algunos jóvenes.

La "Otra", la masculinidad activada por el deseo

La aparición del objeto del deseo, en la forma de la atracción sexual por una mujer, marca el inicio del recorrido del joven por una sexualidad con sentido relacional. Su hito más relevante lo constituye la relación sexual, entendida como el coito.

En el tránsito de la sexualidad, es posible reconocer un recorrido que es seguido en forma más o menos regular en los diferentes países.

Cuadro IX: La "Otra"

Escenario	Mandatos en acción	Hito/Evento	Recorrido Predominante	Recorrido alternativo
La "Otra" (objeto del deseo)	<ul style="list-style-type: none"> Seductor Cazador Satisfactor sexual Subordinador 	<ul style="list-style-type: none"> Cortejo Noviazgo 1° relación sexual Conformación de pareja 	<ul style="list-style-type: none"> Mujer como objeto sexual Relación sexual necesaria, inevitable y no planificada. Homofobia 	<ul style="list-style-type: none"> Amistad entre hombres y mujeres Retraso de la 1° relación sexual Mayor conocimiento de la sexualidad femenina Reconocimiento del deseo homosexual Desarrollo de la afectividad con la pareja

La mujer como objeto de deseo

Los muchachos se reconocen como hombres cuando observan en sí mismos la atracción hacia el sexo opuesto, hecho que reportan ocurrido entre los 9 y 16 años. Esta atracción se produce al ver cuerpos de mujeres y experimentar erección. *"Yo, cuando miraba a una mujer en la quebrada, quitándose la blusa, no hallaba qué hacer...comienza uno a sentirse cañón"*. También por influencia de los amigos, cuando dicen *"mirá qué rica esa jaña"*.

Refieren pensar en que están teniendo relaciones sexuales con niñas o mujeres, situación que les hace tener erecciones espontáneas. También estas erecciones se dan en situaciones grupales (*"Nos pasa cuando vemos pasar chabas"*) y son causa de incomodidad en algunas situaciones, por el hecho de ponerse en evidencia. *"Es incómodo porque se nota, pero me gusta"*.

UNA CLARA SEÑAL DE QUE LA TRANSICIÓN HACIA LA HOMBRÍA HA COMENZADO ES LA EXPERIENCIA DE ATRACCIÓN HACIA LA "OTRA". LA MUJER ES, EN LA MAYORÍA DE LOS CASOS, SÓLO PERCIBIDA POR EL ADOLESCENTE COMO OBJETO DE DESEO.

En la mayoría de los casos, la "Otra" sólo es percibida como un objeto de satisfacción sexual (a menudo, la primera relación sexual es sólo por experimentar), o bien predomina una visión fuertemente estereotipada de ella, sin espacio para la singularidad.

La mujer ideal es seria y casera, respetuosa de sus padres y pareja (*"que no sea bandida"*) y rinde bien en la escuela. Su cuerpo, que debe ser "bonito", es un factor de peso en la constitución de una relación de pareja, dentro de la cual representa, sin embargo, lo inferior o lo precario: debilidad, sensibilidad.

Un matiz es la aparición de la mujer como amiga, es decir, como confidente a la cual se le confían los sentimientos que les despiertan las chicas que les interesan, cuestión que está por fuera del sentido y carácter de la relación con el grupo de pares. De todas maneras, nuevamente, la mujer no es reconocida como sujeto, sino como medio de otro fin.

En algunos países, como Colombia, se observa muy desarrollado el despliegue de tácticas de conquista, tales como promesas, regalos, cuidado de la apariencia física, labia, ser explícitos con las desinhibidas, farsantes con las interesadas (moto, carro, ropa), exhibir dotes de

bailarán, hacerle creer a la mujer que ella tiene el control y que está siendo amada. Los jóvenes despliegan sus tácticas más a gusto con mujeres menores que ellos porque son más fáciles de manejar. También se interesan en mujeres mayores, pero el propósito aquí es que ellas inicien sexualmente (aprendizaje que después utilizan con las primeras parejas). En general, se resisten a que sea la mujer quien tome la iniciativa de conquista, porque piensan que evidencia una falta de seriedad y la posibilidad concreta de una posible infidelidad futura.

El modelo de relación hombre-mujer en que se insertan los jóvenes latinoamericanos

El modelo sociocultural imperante en los países del estudio determina las funciones o roles que la sociedad le impone a los jóvenes para la vida adulta. A las mujeres se les prepara para la responsabilidad de la maternidad y sus implicaciones. A los hombres, para asumir en la mejor forma el papel de proveedor financiero de los hogares. Estos roles se encuentran muy tempranamente establecidos y diferenciados en los adolescentes (entre los 10 y los 14 años). A las mujeres se les entiende como seres “*más débiles*”, por lo que hay dos actitudes claramente definidas hacia ellas: aprovecharse y tomarlas física o sexualmente (quebrador) o darles amparo (proveedor de bienes o protector a cambio de la sumisión de ellas). Otro de los aspectos determinados por la condición genérica es la preparación psicológica a la inexpresividad emocional. No expresar las emociones se considera un requisito como parte de la conformación de la masculinidad. De esta forma se “logra” la independencia emocional o psicoafectiva. Ser insensible, o al menos parecerlo, le permite al adolescente desarrollar el carácter agresivo, o con tendencia a la violencia, que se “exige” socialmente a los hombres.

El "Otro" como objeto del deseo: la homosexualidad

Los jóvenes manifiestan un rechazo ante la homosexualidad. La violencia que provoca ver al homosexual como “un hombre que se pierde”, se aplaca con la distancia. Al mismo tiempo, manifiestan su gran preocupación por entender la razón por la cual un muchacho se convierte en “gay”, manejando una serie de explicaciones posibles de lo que consideran un hecho anormal. A diferencia de lo que ocurre con la figura de la “Otra”, ante la del homosexual se da la necesidad de reconocerlo como sujeto para establecer una diferencia con respecto a él: “...uno va creciendo y no sabe si se va a enamorar de otro hombre”; “porque es una etapa que pasamos los hombres, que no sabemos si somos hombres o mujer” (El Salvador, 12 años). Este temor es más acentuado en los menores, al inicio del desarrollo sexual.

PARA EL ADOLESCENTE, EL HOMOSEXUAL ES UN SUJETO A QUIEN IMPORTA RECONOCER PARA DIFERENCIARSE DE ÉL.

Junto con percibir a la homosexualidad como algo habitual en los lugares donde viven o se mueven, consideran a quienes la viven como personas que “comúnmente pervierten o incitan a los menores”.

Recorrido predominante: La aparición de la “Otra” como objeto del deseo activa varios mandatos e inicia varios recorridos que tienen un punto convergente: la relación sexual como reconocimiento central de logro de masculinidad. Este recorrido es más claro y directo en países como Jamaica y Brasil.

Recorrido alternativo: La manifestación del inicio de la atracción sexual, que incluye coqueteo y seducción, es relativamente homogénea en los diferentes países. Aparece en dos países el homosexual como figura que interesa reconocer por ser un posible objeto de deseo.

Las primeras relaciones sexuales

La principal preocupación del adolescente es la posibilidad inminente de la relación sexual: "...cuándo va a llegar a hacerlo (el coito); qué consecuencias va a traer", "que ya siento que me gustan las cipotes (muchachas), que quiero tener relaciones, pero como no tengo la edad me preocupa". Esto se debe principalmente a que en todos los grupos de edad la primera relación sexual se asume como un hito que debe cumplirse obligatoriamente.

Entre los que todavía no las han tenido existe la preocupación respecto de los detalles del acto en sí ("¿cuál será la sensación del coito?", "¿cómo debo hacerlo?"). Frecuentemente piensan en mujeres desnudas, en querer tenerlas, en que se haga realidad el sueño de la primera relación sexual, además de sentirse presionados, ansiosos, emocionados, con miedo y con mucha curiosidad.

LOS JÓVENES COMIENZAN A OBTENER INFORMACIÓN SOBRE LA SEXUALIDAD DE LAS MUJERES A TRAVÉS DE LA PORNOGRAFÍA, DE LA TELEVISIÓN O EL CINE, Y ESTA INFORMACIÓN JUEGA UN PAPEL IMPORTANTE EN LA PERCEPCIÓN DE LA PROPIA IDENTIDAD SEXUAL Y LA DE ELLAS: "UNO VE AHÍ LO QUE LES GUSTA".

Comienzan a desarrollar juegos sexuales exploratorios con las compañeras de escuela o familiares cercanas (primas, por ejemplo), y se dan los primeros besos con las chicas de su misma edad. Aparecen también las primeras experiencias de "voyeurismo", tanto con mujeres más adultas como de su misma edad. La masturbación empieza a dejar de ser parte del reconocimiento de las transformaciones corporales y adquiere más razón, en virtud del sujeto mujer como objeto sexual concreto.

El retraso del inicio sexual. Ciertos jóvenes se muestran favorables a posponer las relaciones sexuales (Guatemala, México, El Salvador, Jamaica). "Nos deja ser niños y disfrutar", "Seguimos siendo libres y haciendo lo que nos gusta". El "petting", que en Jamaica se refiere a tocar y besar, es la posibilidad de realizar el mandato sexual al mismo tiempo que se "retrasa el debut sexual", el cual exige la construcción de las condiciones de subsistencia (estudio y no-paternidad adolescente).

En un sentido inverso, cuentan que tienen amigos cuyos padres los llevan a bares para su iniciación sexual, "les dicen que es para volverse hombres", el cual es un mensaje que los atemoriza. El consumo de alcohol en un bar tiene aquí una doble función: primero es en sí mismo un hito en la tarea de hacerse hombre y, segundo, es un facilitador, por su efecto desinhibitorio, en el logro la primera relación sexual.

Un hito: la primera relación sexual. Entre los 15 y los 19 años, la mayoría de los jóvenes ya ha tenido experiencias sexuales. La primera relación sexual genera ansiedad y temor, cuestión que puede aumentar dependiendo de la experiencia que eventualmente tenga la compañera: "Me puse nervioso", "ella era de 17 años", "ella me enseñó, yo hacía como ella me decía", "después me sentí diferente, como que cambió algo", "lo que me preocupaba era que mi mamá nos encontrara", "casi no me fascinó porque era la primera vez y me sentía bien nervioso...me la quería correr". Algunos del grupo mencionan que su primera relación sexual fue con prostitutas.

LA PRIMERA RELACIÓN SEXUAL ES UN EJE DE TENSIONES PARA LOS ADOLESCENTES, TANTO POR SU POSIBLE Y AMENAZANTE ATRASO COMO POR SU REALIZACIÓN "NORMAL" Y EXITOSA. CASI POR REGLA GENERAL, ÉSTA OCURRE SIN HABER SIDO PLANIFICADA.

Para muchos, la primera relación sexual ocurrió sin haberlo planeado; no tuvieron oportunidad de preocuparse al respecto debido a que todo sucedió repentinamente, *“todo paso tan rápido”, “sucedió de repente y pasó”*. No obstante, la experiencia fue satisfactoria: *“Nos gustó”, “vea, me sentí muy bien”*. Para los que se iniciaron con prostitutas la situación fue diferente: *“No fue una buena experiencia, no me sentí bien”, “no me gustó, mis amigos me llevaron, estaba nervioso”*.

En Jamaica destaca un rito colectivo de iniciación sexual, la *“battery”*, como forma de inicio sexual, *“cinco chicos forzamos a una chica a tener relaciones sexuales con nosotros. A eso lo llamamos “battery”*. En esta situación, el inicio está muy relacionado con el tema de la violencia y coerción sexual.

Destaca la situación de Brasil, donde se resalta que también ellas toman la iniciativa en la primera relación sexual y se esfuerzan por ella. Para muchos, son las mujeres las que definen este espacio transicional, pues *“dan la pasada”*.

Después de la primera relación sexual. Después de haber vivido la primera relación sexual, los jóvenes declaran sentirse realizados, felices de haber vivido la experiencia consagratória, la cual completan comentando el hecho a sus amigos: *“Se siente normal, si estuvo con una mujer anoche, el día siguiente se siente normal”*.

Los chicos manifiestan gran preocupación porque la mujer se sienta satisfecha sexualmente. Sin embargo, no lo hacen por ella, sino para que se les reconozcan sus habilidades sexuales y para *“dejar una huella”* en la vida sexual de esa mujer. Es por esta misma razón que nunca se niegan a una relación sexual. En general, prefieren ser ellos los que tienen el control y los que tomen la iniciativa en la relación.

Entre los jóvenes, las relaciones de pareja también aparecen como oportunidades de conocer gente y de madurar socialmente. Algunos consideran que tener relaciones sexuales con su novia estrecha la confianza que existe entre ellos. Pero la tensión permanece, ya que en la intención de que la relación de pareja les devuelva una imagen viril de sí mismos, buscan siempre que sea la chica quien haga las declaraciones afectivas, ya que temen comprometerse o ser rechazados al expresarse.

Recorrido predominante: Las relaciones sexuales aparecen como la gran oportunidad de validación, por parte de la "Otra", del cumplimiento del mandato, pero también como riesgo de invalidación. Ahí surge la tensión que carga este hito. La primera relación sexual se plantea como un evento necesario, inevitable, no planificado, cargado de ansiedad con respecto al rendimiento posible, frente a una mujer cada vez más exigente (y, por tanto, amenazante). Ocurre con prostitutas y cada vez más con amigas o novias.

Recorrido alternativo: No hay recorridos alternativos a la relación sexual como logro de masculinidad. Sólo se observa una tendencia a la aparición de conductas que tienden a retrasar el inicio, a disminuir las presiones de padres y pares, y a aumentar el conocimiento de la sexualidad de las mujeres.

La Pareja

Pareja sexual y noviazgo

Los chicos identifican dos tipos de relaciones de pareja: el *“vacilón”*, en el que aceptan que la chica ande con otros, y el noviazgo. Diferencian el trato entre la novia y la "Otra". Con la primera hay dedicación para que ella se sienta sexualmente complacida. La segunda es sólo para saciar pasiones, no importa cómo ella se sienta.

El temor a ser engañados y a enamorarse, la necesidad de mostrarse sexualmente experimentados (castidad es sinónimo de burla), el establecimiento de límites y controles a la

mujer (amistades, salidas, vestimenta), la búsqueda de mujeres bonitas, buenas y serias, la infidelidad masculina (la femenina es censurable), la búsqueda de mujeres vírgenes y la exigencia de la prueba de amor, caracterizan a las primeras relaciones de noviazgo, junto con su corta duración.

En Jamaica se destaca tener múltiples parejas como espacio de realización del instinto cazador del hombre, *“llevamos dentro un cazador que aumenta nuestra sensación de hombría”*. Tener múltiples parejas es un espacio de transición que tiene fin: cuando se adquiere pareja estable deben dejarse las otras.

LOS JÓVENES DISTINGUEN ENTRE PAREJAS SEXUALES Y NOVIAS. EN AMBOS TIPOS DE RELACIONES SE ACTUALIZAN LOS MANDATOS DE LA MASCULINIDAD, YA QUE EL HOMBRE ES SUBORDINADOR Y CONTROLADOR DE LA PAREJA, PERO TAMBIÉN CAZADOR DE MUJERES Y SEXUALMENTE IRREFRENABLE.

Respecto a las conversaciones sobre sexualidad con la pareja, se señala que *“si no es amor el que siente la persona, puede que sí (platiquen sobre sexualidad), pero en el caso de que él la quiera como su esposa, las conversaciones serían qué planes tienen para el futuro, cuántos hijos van a tener”*. El grupo urbano es el que más aporta información y el que más comunicación sobre el tema sexual establece con su pareja, y el que refleja algún grado de intercambio y negociación con ella respecto a las posibles consecuencias de las relaciones sexuales.

El control sobre lo que hace la pareja es un tema recurrente. Se trata de un mecanismo de protección de la imagen social, para lo cual se apoyan en sus pares, los que se encargan de vigilar el comportamiento de su novia. De algún modo, este control es justificado por los jóvenes como aprendizaje, luego de haber tenido novias que los han engañado. Ante el engaño de la "Otra", el problema es la imagen y esta imagen se cuida mediante el control. La relación de pareja se transforma en un espacio de reproducción de los mandatos de la masculinidad, en la medida que el joven demanda la fidelidad y virginidad de su pareja en virtud del resguardo de una imagen, al mismo tiempo que no cumple esto mismo que exige.

Coerción sexual: no sólo agresor

Los jóvenes manifiestan un rechazo generalizado de la coerción de la mujer: *“si es a la fuerza es una violación”, “uno se tiene que controlar”, “no se llega a nada con eso”* (Colombia, Costa Rica, Nicaragua). Pero necesitan demostrar su hombría, particularmente cuando se sienten cuestionados por una mujer con respecto a su capacidad y desempeño sexual: *“la mujer le pide más a uno, eso le va tocando el ego, por eso es que uno tiene que ingeniárselas”*. La hombría implica *“preparar la celada, tomar la oportunidad al voleo, en cualquier caso estar dispuesto”*.

Por otro lado, uno de los adolescentes en Nicaragua y otro en Guatemala expresaron haber sido obligados por mujeres a tener relaciones sexuales. Uno dice, *“ella se desnudó y me acariciaba. Yo no quería pero siempre uno templado. Lo hice y no me sentí bien. No le volví a hablar”*. Otro adolescente dice que la primera vez lo hizo por *“cumplir”, “para que no digan que uno es cochón”*.

Embarazo

Respecto del posible embarazo de la pareja, los sentimientos más citados son: *“enojado”, “desesperado”, “afligido”, “preocupado”, “molesto”, “sorprendido”, “asustado”*. La mayor parte de las reacciones que los adolescentes refieren son las de no-aceptación o de no-compromiso ante el embarazo.

Con el embarazo de la pareja deviene otra transición básica: pasan a operar los mandatos de la responsabilidad.

Destaca que frente al embarazo no deseado no aparezca la posibilidad del aborto.

Matrimonio

El matrimonio aparece como un espacio de transición que se hace cada vez más apremiante. No es referido como necesario, *“pero al final de cuentas es bueno si se cumplen algunas condiciones”*. Cuando ocurre predomina el temor a la infidelidad o a que se le impute un hijo que no es de él.

Recorrido predominante: Entre la primera relación y la constitución de la pareja estable aparece un largo período, muy poco claro, tanto en su extensión como características. En él, el joven tiene una cantidad de relaciones variable y con diferente grado de compromiso. Habitualmente, en estas relaciones el hombre ejerce un papel subordinador de la mujer. El embarazo aparece como el gran evento que constituye la pareja y activa los mandatos de responsabilidad y de proveedor. El matrimonio tiene una dimensión formal, siendo la paternidad el hecho más significativo que determina la vida en pareja.

Recorrido alternativo: Se producen con relación a distinciones en la valoración de la mujer y de los roles de hombre con relación a la pareja, hogar y niños. Tradicionalmente, estos roles alternativos están al servicio de mantener el papel subordinador. La emergencia de espacios de conversaciones o negociaciones sobre temas sexuales, con mujeres, amigas, novias o parejas sexuales, aparece con un potencial modificador de los roles masculinos tradicionales.

Los Pares y “la calle”

Cuadro X: Los pares y la calle

Escenario	Mandatos en acción	Hito/Evento	Recorrido predominante	Recorrido alternativo
Los Pares La calle	<ul style="list-style-type: none"> Guerrero Explorador 	<ul style="list-style-type: none"> Ritos de aceptación e iniciación Pérdida de la virginidad Pelea o desafíos callejeros 	<ul style="list-style-type: none"> Transmisión ritual de mandatos tradicionales Presión del grupo Pares como “escoltas” hacia la hombría Vivencia del riesgo de la hombría 	<ul style="list-style-type: none"> Relativización de la información que maneja el grupo Crítica y angustia sobre ciertas prácticas del grupo Mayor percepción individual de autoconfianza

El grupo de referencia constituye uno de los ejes importantes en torno a los cuales gira la construcción de la identidad sexual y la madurez masculina, al menos en cuatro sentidos. Uno, a través de la transmisión de información relevante para las distintas transiciones por parte de los pares mayores. Dos, a partir de la presión que ejercen los pares para que el joven pierda pronto la virginidad (muestre su hombría y niegue cualquier atisbo de homosexualidad). Tres, construyendo y compartiendo el relato de la vida sexual del joven (lo que ha hecho), y constituyéndose en el escenario donde se representan los mandatos de la valentía, el desafío, el riesgo, la lealtad y el honor. Por último, los pares son los principales acompañantes del joven en su recorrido desde la casa a los espacios públicos, especialmente a la calle, escenario destacado en el cumplimiento de los mandatos de la hombría.

Los pares son los sujetos con quienes se convive y comparte cotidianamente. Se les tiene gran confianza, lo cual permite ser con ellos enteramente explícito en las conversaciones. En otras palabras, los amigos reúnen todos los requerimientos que paradójicamente son negados por los padres. Ello redundante en que dentro del grupo se desarrolle una noción distorsionada de la sexualidad, afín al modelo tradicional de masculinidad, la cual resguardan los pares.

La salida a la calle y al riesgo

La adolescencia es fundamental porque durante ella se deja de depender de los adultos y se logra una mayor independencia con respecto a ellos. Se puede comenzar a realizar determinadas actividades y a desempeñar roles de la vida adulta, como son la ingesta de alcohol, consumo de cigarrillos, etc. Algunos afirman la posibilidad de poder salir y amanecer en las calles, ingiriendo alcohol: *“Cuando ya busca como echarse sus pijazos”, “ya puede salir y amanecer”*.

De manera general, los jóvenes perciben que la socialización del hombre fuera de la casa--en la calle y en otros espacios públicos--les permite vivir experiencias que la mujer no tiene, pues está encerrada en el hogar. Esto, dicho sea de paso, lo perciben como un facilitador en su conquista sexual. El espacio público constituye espacio para correr riesgos, bajo el amparo y protección del grupo de referencia.

EL ESPACIO DE LOS PARES ES ARRIESGADO Y EMPUJA A MOSTRAR LA FUERZA. DE ALLÍ QUE LA CAPACIDAD DE RESPONDER A UNA PELEA TIENE UNA CONNOTACIÓN Y VALORACIÓN SOCIAL IMPORTANTE PARA EL MUCHACHO EN CRECIMIENTO.

En relación con la agresividad, los jóvenes manifiestan una fuerte presión de sus amigos para responder violentamente frente al dominio de otros; si no lo hacen son objeto de burlas y los llaman *bobos* o *huevones*. Se habla de *recochar*, algo a lo cual se aprende con los amigos. Para poder pertenecer a un grupo de amigos es importante demostrar habilidad para *recochar*.

La demostración de la hombría se relaciona con adquirir “vicios”, principalmente tomar alcohol: *“Cuando uno se lleva con amigos viciosos, mientras uno no tiene vicios, no es hombre para ellos”, “si no te tomás esto (licor) no sos hombre y para que lo compruebe uno tiene que tomárselo”*.

LOS PARES INCIDEN MÁS DIRECTAMENTE QUE LOS PADRES EN EL MOMENTO EN QUE SE DAN LAS RELACIONES SEXUALES.

En el plano sexual, hay una presión abierta de los pares por perder pronto la virginidad, para no ser catalogado como bobo o *marica*. Ellos comparten las tácticas de seducción que han dado resultado; se mantienen informados mutuamente sobre las mujeres con las cuales andan o lo que le conviene a cada uno.

En la medida que la competencia sexual se ve confirmada en la socialización sobre la sexualidad, crece el interés por evidenciar el grado de competencia de cada uno. La demostración más explícita de la potencia sexual --ante los pares-- es dejar embarazada a una mujer. Este hito constituye, en la mayoría de las veces, el fin del espacio transicional con los pares.

La aceptación y pertenencia al grupo

Para aceptar a los adolescentes más pequeños, el grupo los pone a prueba. Las principales pruebas se refieren a adquirir un dominio del espacio público y relacionarse sexualmente con las mujeres.

La consolidación de la pertenencia al grupo pasa por desarrollar un espíritu gregario y de complicidad, principalmente con respecto a “cubrir las espaldas” de los amigos ante una infidelidad o engaño de la pareja. La aceptación y connaturalidad de estas prácticas están asociadas, a su vez, con la idea de que tanto la multiplicidad de parejas sexuales como la infidelidad y su ocultamiento forman parte de la masculinidad.

EL RECONOCIMIENTO DE LA HOMBRÍA POR PARTE DE LOS PARES PASA POR IMITAR A ÉSTOS, “HACER LO QUE LOS AMIGOS HACEN”.

La imitación de lo que hacen los mayores en estos grupos también influye para la aceptación en ellos. Sin embargo, el imperativo de la imitación no está ajeno a las tensiones propias de la masculinidad. Los grupos de adolescentes menores de 15 años critican a los adolescentes mayores porque éstos aprovechan sus fuerzas más desarrolladas. Critican a los mayores porque alardean con que son “hombres”: “Se creen porque son pandilleros, tiran piedras, se las dan de poderosos”, “hay unos que sólo porque tienen relaciones con mujeres dicen que son hombres”, “porque son grandes creen que nadie les puede decir nada” (Colombia, Guatemala).

Un espacio de pruebas, no de afectos

Las expresiones de afecto no son muy frecuentes en los grupos. Se dan cuando existe seguridad de que el otro va a responder positivamente al acercamiento, así se evita la burla. Estas expresiones disminuyen con la edad y también se ven limitadas por la sociedad, que puede sancionarlas como rasgos de homosexualidad.

LAS EMOCIONES SON VIVIDAS COMO “AMENAZAS” A LA MASCULINIDAD.

El discurso de la masculinidad no contiene referencias a los afectos como algo positivo. Las emociones no dejan de ser, por ello, constitutivas de la masculinidad, pero aparecen como un campo problemático. La percepción es que si la masculinidad fuera algo seguro y estable, ellas no aparecerían, pero como se trata de una construcción siempre sometida a prueba en su solidez, las tensiones, la duda y los temores le son propios. Las emociones son vividas en este escenario inestable como “amenazas” a la masculinidad y de allí su carácter negativo. El grupo de pares aparece particularmente duro en la formulación de la amenaza, sobre todo frente a los adolescentes menores.

El grupo de pares actualiza permanentemente las oposiciones entre masculinidad y mujer-homosexual-niño como una manera de mantener viva la tensión de la masculinidad, y arrogarse así el poder del veredicto, lo que forma parte de los poderes tribales. Es importante destacar que los datos sugieren que en los hombres jóvenes el aprendizaje de las relaciones de poder está asociado con los procesos grupales de neutralización de las amenazas a la identidad masculina.

Recorrido predominante: Debido probablemente a que todos sus integrantes están en la búsqueda del reconocimiento de la hombría, el grupo de pares, amigos y conocidos, no seleccionados desde los padres o la escuela, se constituye en uno de los principales escenarios de representación y activación de los mandatos de la masculinidad. Los ritos de iniciación, la imitación, la presión y las lealtades constituyen las principales formas en que los jóvenes activan diferentes mandatos de la masculinidad. De especial importancia es la condición de riesgo biomédica que acompaña a los mandatos activados desde el escenario de los pares y los espacios públicos. La calle es el escenario por naturaleza donde se encuentran los pares. Para los jóvenes la calle no es un lugar físico, sino un modo de comportamiento que se distancia del tratamiento infantil recibido por parte de la madre y de la disciplina del padre. Ello puede ocurrir en muchos lugares.

Recorrido alternativo: La mayor o menor dureza con que los grupos de pares presionan a los jóvenes en el cumplimiento de los mandatos parece depender tanto de la existencia de rituales sexuales en cada sociedad específica (destacan Jamaica, Brasil, México, Guatemala) como de las características socioeconómicas del entorno, siendo mayor en las áreas urbanas. Una forma alternativa de plantearse frente al grupo de pares es el reconocimiento, por parte de ciertos jóvenes, de tensiones y angustias asociadas a él (manejo de la información de riesgos y prioridades) y de las dificultades de criticar o modificar sus prácticas.

Conclusión

Las transiciones de la hombría (hacerse hombre) representan un largo camino en la vida del adolescente, el cual se caracteriza por la activación de los mandatos en un escenario determinado: la calle. En él, el joven debe realizar un evento o hito que es reconocido por los demás como un logro de masculinidad. Las características que tenga el recorrido de cada joven dependerán de sus recursos psicológicos y sociales, en especial de su autoestima, y de las condiciones del medio en que ocurre ese recorrido (mayores o menores presiones, mayores o menores riesgos para su salud o la de otros).

La presentación expuesta en este capítulo muestra esquemáticamente las diferentes transiciones de acuerdo a los escenarios de relación del joven y de dónde emanan los mandatos fundamentales de la masculinidad.

Si bien es cierto que la construcción de la masculinidad es un proceso que acompaña a un varón desde antes de nacer hasta su muerte, también es cierto--y las investigaciones de los países lo confirman--que la adolescencia, en el sentido amplio de la palabra, es el período en que por excelencia la masculinidad aparece, se construye, se aprende y se ajusta.

Los cambios del cuerpo inician y activan un recorrido por la hombría que inmediatamente envuelve al carácter, en función de proveer al joven de una mayor autonomía respecto de la familia de origen y de la posibilidad de conquistar y tener una mujer. De igual forma la paternidad, acompañada por el vivir en pareja y tener un trabajo, ponen habitualmente fin a la adolescencia y disminuyen, aunque no agotan, la intensidad del proceso de activación y transición del hacerse hombre.

Es destacable cómo en los informes de país aparecen con mayor detalle y profundidad las transiciones a la masculinidad iniciales y finales del período de adolescencia. Con mucho menos detalle y profundidad se presenta el período que media entre la primera relación sexual y de pareja y la conformación de una pareja estable. Ese período aparentemente menos "formateado" y conocido está probablemente cargado de riesgos y significados en términos de la masculinidad, y requeriría de mayor investigación.



CAPÍTULO CUATRO:

LAS CONDUCTAS DE RIESGO

Introducción

Las conductas son las acciones que ejecutan los adolescentes y jóvenes varones para cumplir con los mandatos de la masculinidad tradicional en el interior de los escenarios de transición en que les toca vivir. Algunas de estas acciones pueden poner en riesgo la salud sexual y reproductiva de los jóvenes. Comporten riesgo sanitario o no, esas conductas son significativas para los jóvenes, tanto para la construcción de su identidad corporal como emocional y social. En el presente capítulo se estudiarán las conductas, desde la perspectiva de su riesgo para la salud de los adolescentes.

Conductas de riesgo predominantes

Predominan las conductas de riesgo vinculadas a la sexualidad: **actividad sexual con información errónea o insuficiente, actividad sexual sin participación activa en la protección y promiscuidad.**

Actividad sexual sin protección

Cuadro XI: Actividad sexual sin protección

Conducta de riesgo	Riesgos percibidos por sistema de salud	Fuentes de riesgo
Actividad sexual sin protección	<ul style="list-style-type: none">• ETS• Embarazo no deseado• VIH/SIDA	Percibidas: <ul style="list-style-type: none">• “La oportunidad”• Sexualidad incontrolable• Incomodidad de los métodos• Falta de comunicación de pareja• Fuentes de información contradictorias y/o erróneas

Los muchachos reconocen las consecuencias de tener una vida sexual activa desprotegida. Entre ellas mencionan las enfermedades de transmisión sexual como el SIDA y los embarazos no deseados. Sin embargo, no desarrollan conductas coherentes y sistemáticas para prevenir los riesgos de los que son plenamente conscientes y a los que temen.

Su percepción del riesgo se asocia normalmente a las secuelas visibles de las ETS: “*Echapus*”, “*Animalitos en el pelo*” (Nicaragua). Esta creencia es arriesgada porque puede llevar a minimizar los efectos de enfermedades donde la sintomatología genital no es evidente. Creen que las relaciones sexuales con prostitutas serían la principal causa de las ETS, dado su desaseo y promiscuidad, por lo que sólo en este tipo de relaciones sexuales usan preservativo. Con la excepción de Brasil, en el resto de los países el SIDA casi no es abordado como un problema cercano.

Creer que es responsabilidad de las mujeres protegerse de un embarazo no deseado porque ellas “cargan” con la consecuencia. En la práctica esta creencia se matiza con la idea de que “responder” ante un embarazo es signo de virilidad, aunque esta última es una medida de defensa del honor antes que de protección frente a un riesgo. También predomina un conocimiento preocupantemente erróneo respecto de la relación sexualidad-reproducción: Para que la mujer quede embarazada “*tiene que estar virgen todavía*” (El Salvador). “*El hombre y la mujer tienen que terminar juntos para que salga embarazada*” (Nicaragua).

Creer en el instinto maternal y que no existen hijos no deseados después de que nacen (Colombia). En concordancia con esa creencia, el aborto aparece como una decisión éticamente reprochable.

Rechazo al preservativo

Los varones poseen un conocimiento acabado de los tipos de anticonceptivos que utilizan las mujeres. Sin embargo, se afirman en la creencia de que la anticoncepción no es responsabilidad de ellos, cuestionando así la necesidad de utilizar el preservativo. El riesgo aumenta en la medida que la conversación sobre sexualidad o sobre planificación familiar con las parejas es escasa, sobre todo antes de los 20 años. La irresponsabilidad y la falta de diálogo existe tanto en las relaciones estables como en las esporádicas. Las posibles consecuencias de esto van desde una ETS hasta el embarazo no deseado; es decir, desde una afección física hasta un cambio en los proyectos de vida.

La causa principal de esta conducta es lo que los muchachos llaman “la oportunidad”. En la medida que se les ha inculcado a los muchachos a estar siempre disponibles sexualmente, ellos no pueden rechazar las oportunidades de tener relaciones sexuales, por lo que sus encuentros sexuales tienden a ser inesperados y no planificados. Cuando inician el acto sexual consideran que es muy poco probable que piensen en usar un condón o “ir a comprarlo”, a lo que se agrega la creencia en el instinto sexual incontrolable que caracterizaría a la masculinidad. Oportunidad y falta de control dificultan la participación en la protección y planificación del encuentro. “*La mayoría no ocupa preservativo porque tanta es la emoción que se les olvida ponérselo*”, “*hay varones que quizá les da pena porque no saben ni cómo ponérselo enfrente de la muchacha, o les da pena ir a comprar uno*” (El Salvador).

Además está la incomodidad que le atribuyen al condón: “*Con condones uno tiene que estar pendiente de que no se vaya a romper*”, “*no se siente la misma sensación que si uno está libre, desahogado*” (Nicaragua). “*Es mejor hacerlo así (sin condón) porque se satisface más uno, que hacerlo con preservativo, es como artificial*”, “*con el preservativo no es lo mismo, es mejor al natural*” (El Salvador).

Se repite en los informes un dato ya destacado por el documento Perfil de SSR del año 2000 de OPS: la iniciación sexual tiende a darse sin preservativo¹.

Conductas ligadas a la falta de información

Las conductas de riesgo que proceden de la falta de información están vinculadas con las fuentes predominantes que usan los jóvenes para el aprendizaje de la sexualidad: los medios de comunicación, la escuela, el grupo de pares y la familia. En términos de la construcción de sus conductas, los medios de comunicación y el grupo de pares tienen especial importancia, pues son transmisores de modelos deseables de comportamiento. Por el contrario, la escuela y la familia parecen transmitir gran cantidad de información, pero restringida al fomento de algunos modelos de conducta (por ejemplo, abstinencia sexual, evitar el riesgo, etc.). No transmitirían modelos proactivos de sexualidad deseada, o modelos alternativos que respetan los mandatos que los jóvenes están viviendo.

¹ Camacho Hubner, V. Perfil de salud sexual y reproductiva de los y las adolescentes y jóvenes de América Latina y el Caribe: Revisión bibliográfica, 1988-1998, 2000 (<http://www.paho.org/Spanish/HPP/HPF/ADOL/Perfilweb.pdf>).

La información que circula dentro del grupo de pares está orientada por los mandatos de ser sexualmente activo, arriesgado e independiente. En este marco, las conversaciones sobre la sexualidad identifican cuándo y cómo se han tenido experiencias, pero no hablan sobre la planificación de éstas (en Costa Rica fue muy notorio el reconocimiento retrospectivo de la información de los pares como errónea). La información de los pares se orienta a la transmisión de mandatos o a anunciar su cumplimiento.

La familia y la escuela, por su parte, se constituyen en fuentes contradictorias o insuficientes de información, respectivamente. La información procedente de la familia tiene un papel ambiguo y normalmente opera a nivel del prejuicio: puede privilegiar la prevención desde una perspectiva puramente moral o puede empujar a la actividad sexual sin ningún resguardo. La escuela, por su parte, tiende a tener un papel formador en lo estrictamente fisiológico.

De esta manera, el tema de las fuentes de información constituye uno de los grandes centros de intervención para hacer participar activamente a los varones de las consecuencias de su comportamiento sexual. Una concepción distinta de los medios audiovisuales--usados en general para consumir pornografía con el grupo de pares--que reconozca y se beneficie de su potencial iconográfico podría constituirse en una exitosa forma de intervención.

Promiscuidad

Cuadro XII: Promiscuidad

Conducta de riesgo	Riesgos percibidos por el sistema de salud	Fuentes de riesgo
Sexualidad promiscua	ETS/VIH/SIDA	<ul style="list-style-type: none"> • Deseo del riesgo • Sexualidad incontrolable

Nuevamente las conductas de riesgo aparecen vinculadas a los mandatos respecto de lo que es ser hombre. El hecho de que los hombres tengan que demostrar que les gusta arriesgarse o que son sexualmente insaciables, los lleva a tener relaciones con más de una mujer al mismo tiempo (lo cual incluye actividad sexual en la mayoría de los casos) y a no discriminar a las compañeras sexuales. *“He continuado teniendo relaciones sexuales con mi mujer y otras veces con otras mujeres que son amigas que yo las conozco, y no uso condón” (Nicaragua).*

Otras conductas de riesgo en el ámbito sexual

La resistencia a los servicios de salud

El Salvador fue el único de los países investigados donde se explicitó la resistencia a los servicios de salud como una fuente de riesgo. Los jóvenes no usan el apoyo preventivo de esos servicios aludiendo a la vergüenza que les provoca mostrar sus cuerpos o sus problemas frente a extraños.

La coerción sexual

Cuadro XIII: Coerción sexual

Conductas de riesgo	Riesgos percibidos por el sistema de salud	Fuentes de riesgo
Coerción sexual	Daño físico y psicológico	<ul style="list-style-type: none"> • Legitimidad de la subordinación sexual de la mujer • Sexualidad incontrolable

En Costa Rica y Colombia, el tema de la coerción sexual a la mujer es una práctica habitual entre los varones, y existe entre los jóvenes un reconocimiento de que se trata de algo común en su entorno. Esto le proporciona un rasgo de “normalidad”, al menos en dos sentidos: es normal que un hombre tenga un deseo sexual que no puede controlar ni reprimir, y es normal que un momento de intimidad termine en el acto sexual, por lo que siempre se debe insistir, aunque una mujer diga que no. La coerción como conducta va desde los besos que se roban hasta la violación, pasando por el uso de fuerza con amigas o compañeras de escuela. Puede ser psicológica, en el caso de que la presión a la pareja se ejerza a través de la amenaza de abandono, y se considera especialmente legítima dentro del matrimonio: la mantención económica del hogar da derecho al esposo sobre el cuerpo de la esposa.

En Nicaragua hay un rechazo de la coerción sexual basado en el temor a la ley: “*Hasta preso puede uno ir*”. De ello es posible deducir que, en ausencia de esta normativa o de alguien que la represente, la coerción es una práctica cotidiana.

Hay otros países donde la coerción es sancionada o rechazada en virtud del mismo modelo de masculinidad (por ejemplo, se es menos hombre si no se logra convencer a una mujer), lo cual se relaciona con las fisuras y la multiplicidad de planos en las cuales operan los mandatos.

Conductas de riesgo no abordadas en los informes

Cuadro XIV: Otras conductas de riesgo

Conducta de riesgo	Fuente de riesgo percibida
Alcoholismo	<ul style="list-style-type: none"> Disfrazar emociones e intenciones
Violencia corporal	<ul style="list-style-type: none"> Defensa del honor Representación de la masculinidad
Violencia homofóbica	<ul style="list-style-type: none"> Evitar contagio homosexual Defensa del honor grupal

Se trata de conductas que no están abordadas de manera destacada en el protocolo--posiblemente porque ellas no están directamente asociadas a la sexualidad--pero que constituyen conductas de riesgo entre los jóvenes hombres, porque están asociadas a los mandatos de la masculinidad y porque, en última instancia, no pierden el nexo con la actividad sexual, a saber:

Alcoholismo

En algunos países, los muchachos señalan utilizar el licor para disfrazar los intentos fallidos de conquista. Si se declaran a una chica y ésta los rechaza, ellos dicen que estaban borrachos y no sabían lo que decían, como una manera de proteger su buena imagen.

Puesta en riesgo de la integridad física

Conducta motivada por la defensa del honor ante la infidelidad de la pareja o ante el abuso sexual o violencia física contra una hermana. En cualquiera de los dos casos están dispuestos a agredir a otro hombre para proteger --nuevamente-- su imagen o la honra de su familia. Es una conducta destacada en Colombia y México. Se repite en Costa Rica con un matiz distinto. Allí, algunos jóvenes señalan que deben correr riesgos para llamar la atención de las mujeres, señalando como ejemplo “montar un toro”. Pero en este país poner en riesgo la integridad física también se vincula con la demostración de la agresividad como rasgo característico de la masculinidad, la que se va expresando de manera distinta según pasan los años: durante la

pubertad adquiere un carácter predominantemente lúdico; durante la adolescencia se vuelve violencia verbal.

Homofobia

Aparece de manera destacada en Costa Rica, como una expresión violenta ante la homosexualidad de un par. Un joven o niño abusado es inmediatamente segregado y se convierte en víctima de la sospecha. Esta sospecha es remitida a la creencia de que el acto sexual es siempre placentero para quien es penetrado/a, por lo que hay un consentimiento a hacer de mujer en la relación sexual; en otras palabras, al abusado le gustan los hombres. Por esto, ante cualquier acción del muchacho o niño violentado que pueda considerarse ofensiva de la propia masculinidad, aparece la reacción violenta como expresión del propio honor. En otros países, la homofobia puede manifestarse a partir de percibir al homosexual--potencial o declarado--como una afrenta al grupo de pares.

Riesgo y contexto

Las conductas de riesgo tienen consecuencias que pueden ir desde un daño menor hasta la muerte del sujeto, pasando por experiencias traumáticas o cambios en los proyectos de vida. Ellas están conectadas a los mandatos de la masculinidad, y son seleccionadas en relación con las características específicas de los escenarios de transición que enfrenta el joven. Para refrendar la masculinidad son distintas las conductas que pueden emplearse frente al grupo de amigos o frente a una muchacha. Ellas varían en función de los referentes relacionales más significativos del joven: la familia, los pares, la mujer como sujeto-"Otra".

Principalmente, las conductas de riesgo se desarrollan en el **espacio extrafamiliar** y en el **espacio de relación con la "Otra"**. Pero entran en tensión con los mandatos de la masculinidad que predominan en el **espacio familiar** (proveer, ser responsable), y tienen consecuencias sobre el espacio del **Sí Mismo**, tanto en términos corporales como emocionales. La ambivalencia con la cual se aborda el embarazo no deseado (mandato de seducción y mandato de responsabilidad, espacio de los pares--espacio intrafamiliar) da cuenta de esta tensión, la cual generalmente se resuelve (aunque sólo aparentemente) al final de la adolescencia, cuando el joven internaliza el doble estándar como modo de relacionarse socialmente.

Los jóvenes poseen una conciencia de riesgo limitada: tienen la capacidad de asociar conductas que practican con ciertos daños sobre la salud. Pero la falta de efectividad de esta conciencia se relaciona con dos factores. Primero, este no es el riesgo que les interesa prevenir. El riesgo que les preocupa es ser puestos en cuestión como hombres. En segundo lugar, ven el daño como algo lejano de sí mismos. Como producto de este orden de prioridades, ellos carecen de una conciencia de riesgo vinculada al daño que pueden producir a otros, como es lo que ocurre con el aborto, la transmisión de ETS y la violencia física contra la mujer. El aborto constituye una conducta de riesgo para los varones en términos indirectos, en la medida que constituye la consecuencia final de una conducta de riesgo (actividad sexual sin protección/paternidad irresponsable/aborto). Esto, sin embargo, no produce daño sobre el varón sino sobre su pareja sexual. La violencia física contra la mujer presenta características similares: está asociada a la protección del honor y a la conservación de una imagen de hombría que se debe proteger, no importa cómo.

Si utilizamos un concepto de salud más amplio que el que comprende a las conductas de riesgo referidas al ámbito sexual y reproductivo, este tipo de consecuencias (doble estándar, paternidad irresponsable y violencia contra la mujer) también deberían considerarse arriesgadas para la salud de los individuos.

Conductas de protección

A pesar de lo alarmantes que pueden ser los resultados del análisis, existen en los países tendencias alternativas a las conductas de riesgo que aparecen en cada uno de los ámbitos de riesgo destacados. Estas alternativas no alcanzan, sin embargo, a cuestionar el carácter hegemónico de las conductas tradicionales. Por ejemplo, si en general la tendencia es a no usar condón, hay testimonios de algunos jóvenes que lo han incorporado. Si la tendencia es a considerar a la mujer como medio para el cumplimiento de un mandato o predomina la creencia de que los hombres no deben expresar sus sentimientos, hay jóvenes que reconocen haber tenido parejas a las cuales han querido, han respetado y con las cuales han tenido sexo de manera respetuosa, planificada y protegida. En Costa Rica, por ejemplo, los varones dicen que usarían condón a solicitud de la mujer.

Conclusión

Se deben abordar las conductas de riesgo de los adolescentes varones más allá del ámbito sexual y reproductivo y con una mirada más amplia que la sanitaria. La definición de riesgo que utilizan los especialistas pocas veces coincide con lo que los jóvenes consideran arriesgado. A los adolescentes varones les importan ciertas dimensiones de su salud física, pero más les importa hacerse hombres. Esto significa que comprender el riesgo adolescente así como sus estrategias de prevención debe tomar en cuenta las prioridades que imponen los mandatos y las circunstancias que definen los escenarios de transición. Es probable que las definiciones de riesgo que no tienen sentido en el contexto de la construcción de la masculinidad tampoco lo tengan para los adolescentes.

Si embargo, las políticas de salud pueden ser efectivas sin adaptarse a las definiciones tradicionales de riesgo. Esas definiciones tienen, como se ha visto, fisuras que permiten que surjan alternativas. Esas alternativas contienen, a su vez, nuevas definiciones de riesgo dentro de los propios procesos de construcción de la masculinidad. Un joven considera los afectos como algo reafirmador de su fortaleza y seguridad, probablemente podrá percibir mejor el desamor como riesgo. A partir de ahí pueden organizarse interesantes estrategias preventivas como, por ejemplo, estimular la conversación en la pareja.

La estrategia adecuada no pasa por evitar las transiciones y el cumplimiento de los mandatos. Sería como pedirles a los adolescentes que cuidaran su salud evitando respirar. Hay que reconocer el temor a la puesta en duda de la masculinidad como el principal motor de las conductas de riesgo de los jóvenes varones. Se trata más bien de ayudar a darle otro significado a la masculinidad. Esto parece posible, no sólo mediante la transmisión de conocimientos y valores, sino especialmente mediante la realización de experiencias alternativas. Si no experimenta directamente que, por ejemplo, el amor hace fuerte, no habrá manual sanitario capaz de convencer a un adolescente de esa afirmación. Se trata de modificar conductas mediante experiencias que pongan en duda las afirmaciones naturalizadas que se esconden detrás de los mandatos, como, por ejemplo, que los hombres emocionalmente sensibles son afeminados.



CAPÍTULO CINCO:

APOYOS EXTERNOS PARA LA GESTIÓN DE RIESGOS

Introducción

Se presenta, a continuación, un análisis centrado en el papel de las instituciones: padres, escuela, instituciones de salud, medios de comunicación y otros. Específicamente se exponen sus fortalezas y debilidades al abordar las conductas de riesgo que enfrentan los jóvenes en su transición hacia la masculinidad.

Los padres

Los padres proporcionan elementos decisivos en la conformación de la masculinidad y la vivencia de la sexualidad. Los valores, modelos e ideales transmitidos por los padres a los jóvenes serán gravitantes en la formación de su identidad y en su comportamiento futuro. Es en el hogar donde muchos de los “mandatos de la masculinidad” se convierten en el contenido los patrones de conducta observados en los jóvenes.

Paradójicamente, en los distintos países se constata la falta de diálogo y comunicación con los padres (Brasil, Costa Rica, El Salvador, Jamaica). Hay otros casos en que existe comunicación, pero los mensajes son de carácter moralizante y normativo (Honduras, México) o se producen en un clima de incomodidad y vergüenza, obstaculizado por barreras de autoridad y de género (Guatemala, El Salvador).

EL PAPEL DEL PADRE ES CONTRADICTORIO; SE TRADUCE EN VACÍOS DE INFORMACIÓN O EN UNA COMUNICACIÓN DE MALA CALIDAD, LLENA DE MITOS Y TABÚES. LA MADRE, POR SU PARTE, CUMPLE UN PAPEL ASOCIADO PRINCIPALMENTE AL CUIDADO DEL CUERPO QUE ESTÁ EN PROCESO DE CAMBIO.

A partir de cierta edad, el padre aparece opcionalmente como promotor de la iniciación sexual de los jóvenes--a menudo inscrita en un modelo de sexualidad promiscua, desprovista de lo emocional y coincidente con la masculinidad tradicional (Costa Rica, Guatemala)--o apoyando indirectamente el inicio precoz de la actividad sexual (Jamaica).

Si bien el papel de la madre se menciona en proporción muy baja (Honduras, México), en relación con el cuidado del cuerpo y con el enfrentamiento de los cambios físicos por los que atraviesan los adolescentes, las madres juegan un papel importante: se encargan del llevarlos al médico y se preocupan por el bienestar de su cuerpo (México). En definitiva, los padres parecen delegar la responsabilidad de la formación de los jóvenes, apartándose de la posibilidad de compartir las experiencias e inquietudes de sus hijos.

Dentro de los valores de la masculinidad asociados a la paternidad, los padres enfatizan el papel de proveedor (Jamaica, Nicaragua, El Salvador, Honduras) y, con menor prevalencia, la fidelidad y el matrimonio se presentan también como valor de la masculinidad (Guatemala, Jamaica). Se observa, si bien en menor proporción, un modelo ideal de “hombre de bien” asociado a valores como la independencia, responsabilidad y la capacidad de formar un hogar (El Salvador).

Las prácticas contradicen algunos discursos y modelos ideales promovidos en el hogar: en los hechos se reporta la existencia de violencia familiar, maltrato infantil, violencia sexual y padres ausentes. Se observa el abandono experimentado por los varones en países con un patrón prevalente de madres solas (Nicaragua). En otros casos, ha permitido una valoración positiva del aporte de las mujeres y una distribución más igualitaria de las tareas domésticas en el hogar (Brasil).

La escuela

Las escuelas son reconocidas como una de las principales fuentes de información de los jóvenes sobre educación sexual. Señalan que allí aprenden sobre el sistema reproductivo, la anticoncepción, la prevención de las ETS/SIDA. El maestro aparece, a menudo, como un orientador: alguien a quién recurrir para resolver dudas e informarse (Brasil, México, Nicaragua, Guatemala). No obstante, califican estos contenidos como alejados de su realidad cotidiana, centrados en lo biológico, en la genitalidad, la reproducción y los riesgos de ETS y embarazo.

LOS PROGRAMAS EDUCATIVOS EXISTENTES PONEN ÉNFASIS EN LO BIOLÓGICO Y EN LA ENTREGA DE INFORMACIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA NORMATIVA, REFORZADORA DE LOS CONSEJOS Y PROHIBICIONES DE LOS PADRES.

En la escuela no se aborda la sexualidad incorporando su dimensión afectiva, y falta un énfasis en la promoción del cambio de conductas. Este es uno de los factores que ayuda a comprender por qué, si los jóvenes tienen acceso a la información, ello no se traduce necesariamente en una práctica.

La escuela constituye un referente indiscutible en la entrega de información validado por los jóvenes. Su papel en la prevención de conductas de riesgo puede ser fortalecido, si se incorporan contenidos y metodologías más adecuadas a las necesidades e inquietudes de éstos, complementando la entrega de información con los aspectos afectivos y emocionales involucrados en la vivencia de la sexualidad. La escuela tiene la posibilidad de apoyar la transformación de una sexualidad moldeada por los patrones de la masculinidad tradicional, en una más igualitaria, en términos de género, y satisfactoria para los jóvenes.

Las instituciones de salud

Las instituciones de salud son reconocidas por su papel preventivo a través de las campañas masivas en los medios de comunicación. Estas campañas se centran principalmente en la prevención de ETS/SIDA y el uso de drogas. En algunos casos estas campañas son reforzadas a escala local por monitores de salud o 'agentes multiplicadores' (Brasil).

A PESAR DE CONOCER LOS SERVICIOS DE SALUD OFRECIDOS EN SU COMUNIDAD, LOS JÓVENES NO ACUDEN A ELLOS, YA QUE NO LOS CONSIDERAN COMO UNA FUENTE DE INFORMACIÓN IMPORTANTE O COMO PARTE DE SU RED DE APOYO.

Los servicios asistenciales más directos, como los centros de salud y la atención primaria, no son referentes destacados por los jóvenes. Ellos estiman que las instituciones de salud están orientadas hacia las mujeres, que tienen un énfasis en la salud materno-infantil, en la 'enfermedad', y por lo tanto, dado que la mayoría se considera sano, no acuden a ellas para abordar temas relacionados con su salud sexual y reproductiva. En Honduras, los adolescentes mayores plantearon claramente que preferían 'aguantarse como buenos machos' y no ir a los

establecimientos de salud para resolver sus problemas. Tal vez la asistencia a los centros de salud para consultar "problemas de masculinidad" aparezca ante los demás, no como un problema sanitario, sino como una crisis de identidad.

Entre las dificultades referidas al acceso a los servicios destacan: los trámites burocráticos que deben cumplir para ser atendidos; los horarios de atención; la alta demanda asistencial que tienen los servicios, lo cual dificulta la relación con los prestadores ("te dicen: estoy ocupado", Nicaragua); la falta de un espacio de privacidad y confianza para los jóvenes, donde se puedan acoger sus dudas y dar orientación en aspectos preventivos. La necesidad de la privacidad es evidente en el ejemplo de Honduras, donde los jóvenes del área rural prefieren ir a la ciudad más cercana para comprar preservativos, en vez de acudir al centro de salud local, incluso a pesar de saber que ahí se les entregan sin costo.

En el grupo de adolescentes menores (10-14 años), los centros de salud son identificados como fuente de información, pero después de la calle y la escuela. Muchos son llevados por sus madres, y en algunos casos reconocen haber recibido consejería en temas de salud adolescente. En El Salvador, los centros de salud juegan un papel importante en la planificación familiar: los jóvenes de todos los grupos etáreos los identificaban como el lugar donde accedían a métodos de anticoncepción. En varios países también se mencionaban a las farmacias como claves y el farmacéutico muchas veces actuaba de 'consejero' y, en ocasiones, los derivaba a los centros de salud.

Por último, cabe destacar que en las entrevistas a los prestadores, éstos reconocen la necesidad de tener un enfoque distinto para llegar a los adolescentes y para asumir un papel mayor en temas de prevención de ETS/SIDA, embarazo adolescente y abuso de drogas a nivel local.

El club deportivo y la cancha de fútbol

Tanto el club como la cancha son canales de profusa comunicación sobre los contenidos de la masculinidad, altamente legitimados por la comunidad, y cuya importancia no ha sido aún lo suficientemente analizada en este contexto.

LA CANCHA DE FÚTBOL ES UN ESCENARIO ALTAMENTE LEGITIMADO EN LA OBTENCIÓN DE INFORMACIÓN ACERCA DE LOS CONTENIDOS DE LA MASCULINIDAD.

Se puede afirmar que el carácter institucionalizado del fútbol, a través del club y la liga, asegura varios efectos. Primero, provee de un marco apropiado para la transmisión intergeneracional de las identidades masculinas (porque allí jugaron "mis padres y mis tíos"), y asegura la continuidad y estabilidad de las identidades en el tiempo. Por lo mismo, proporciona a quien se integra a él la seguridad de que las identidades adquiridas son coherentes y complementarias con el funcionamiento de la comunidad completa.

Por otra parte, la práctica futbolística como tal, permite el desarrollo del cuerpo y de sus potencialidades asociadas a la hombría (resistencia, capacidad de agredir y de resistir la agresión, rapidez y astucia), pero también es un espacio de entretenimiento donde el jugador se "distrae" de un conjunto de tendencias consideradas negativas. Estas dos características ubican a la práctica del fútbol en el mundo de lo "sano", por oposición al de lo "insano". Esta distinción no está referida a la salud, en un sentido médico, sino a lo "correcto", entendido como el estándar de comportamiento previsto para un hombre por la comunidad.

Los medios de comunicación

Los jóvenes acceden en gran medida a la información sobre sexualidad, salud sexual y reproductiva a través de los medios de comunicación. La calidad y tipo de información recibida es de amplio espectro, desde campañas que promueven el fortalecimiento del comportamiento

de prevención, hasta la pornografía que potencia conductas de riesgo y exagera el modelo de masculinidad tradicional.

MUCHOS JÓVENES RECONOCEN QUE ENCUENTRAN LA INFORMACIÓN PRÁCTICA QUE TANTO REQUIEREN EN LA PORNOGRAFÍA.

Se valora positivamente la existencia de campañas de salud y los anuncios de preservativos. Ambos mensajes son reconocidos por los jóvenes como medios de información sobre sexualidad y prevención de ETS/SIDA. Sin embargo, las campañas ocasionalmente caen en lo alarmista y generan miedo y temor en los jóvenes.

Los medios evidencian la crisis de la masculinidad, cuestionando sus contenidos tradicionales mediante la difusión de las propuestas de grupos de homosexuales, así como el protagonismo creciente de las mujeres en el mundo social.

Otras fuentes de información mencionadas por los jóvenes incluyen periódicos, filmes, libros, enciclopedias de salud, medios juveniles (MTV), red televisiva y telenovelas. A pesar de que la red Internet es aún un canal elitista, ha sido mencionada por los jóvenes de distintos medios y edades, lo cual se explica por la implementación de proyectos de computación en las escuelas.

La pornografía a través de videos, revistas, películas e Internet es ampliamente mencionada y, aunque es calificada de mala y vulgar por algunos jóvenes, muchos reconocen que obtienen de ella la información práctica que tanto requieren (*"muestran cómo es el sexo"*), y la reconocen como una marca simbólica del ser hombre mayor sexualizado. A través de la pornografía se refuerza un modelo de erotismo y sexualidad tradicional centrado en la mujer como objeto sexual y en la promiscuidad.

Por último, es pertinente considerar que la promoción del modelo consumista a través de los medios de comunicación favorece conductas de abuso de alcohol, tabaco y drogas, además de generar frustración y violencia en los jóvenes que, en su mayoría, viven en condiciones de pobreza. Ellos perciben que la publicidad es engañosa y está en contradicción con otros contenidos preventivos entregados por los mismos medios y la escuela.

Los pares y otras fuentes de socialización

Entre los agentes e instituciones mencionados por los jóvenes como fuentes de información, destacan los amigos y el grupo de pares. Con los amigos y hombres mayores, se comparte información sobre el sexo y la sexualidad, se comparten videos, revistas, se promueve la iniciación sexual y la adquisición de la experiencia, a menudo con prostitutas.

En la calle la información suele ser errada, de mala calidad y utiliza términos vulgares. En algunos casos, sin embargo, los monitores Brigadistas de Salud y Clubes Juveniles (Jamaica) y los jóvenes monitores de ONGs en la comunidad (Brasil) son reconocidos como referentes para obtener información de buena calidad sobre la sexualidad, desde una perspectiva más cotidiana y cercana a la realidad juvenil.

MÁS QUE A LA ESCUELA, A LOS PADRES O A LAS INSTITUCIONES DE SALUD, LOS JÓVENES RECURREN A SUS PARES PARA OBTENER INFORMACIÓN.

Las prostitutas aparecen ejerciendo un papel de prevención al exigir el uso de preservativos (Guatemala). Sin embargo, dada la disociación existente entre la buena y la mala mujer ('puta' v/s esposa-madre), este mismo hecho desincentiva su uso con novias y parejas oficiales. En algunos casos (México, Costa Rica, El Salvador), los jóvenes, especialmente los mayores y aquellos que tienen relaciones más estables, mencionan que conversan, acuerdan y negocian con sus novias sobre tener relaciones sexuales, la anticoncepción y el embarazo.

La Iglesia aparece mencionada como emisora de mensajes poco realistas, pese a lo cual, para algunos grupos de jóvenes (Rastafary en Jamaica), la religión es un factor protector, especialmente con relación a la violencia y al inicio de la actividad sexual precoz.

En Brasil se describe la existencia de ONGs que llevan a cabo programas de educación sexual a nivel local, con una orientación amplia, pluralista y con contenidos más cercanos a la realidad de los jóvenes, en sus propias comunidades y utilizando agentes multiplicadores.

Podemos concluir que el papel de los amigos en la 'calle' es clave, ya que constituyen el contexto y el espacio donde se cumplen los mandatos de la masculinidad. Por lo mismo, este escenario requiere de una consideración más cuidadosa en la planificación de las acciones de intervención.

Consideraciones finales

En síntesis, hay muchas fuentes distintas que les señalan a los jóvenes sus riesgos y que aportan recursos –simbólicos y materiales– para la gestión de esos riesgos. Esas fuentes difieren no sólo en las imágenes de riesgos que proyectan, sino también en el grado de confiabilidad que los jóvenes depositan en ellas. Por esta razón, el papel de los agentes externos no debe considerarse por separado. Importa definir el sistema de mensajes de riesgo y de recursos para su gestión, bajo cuya influencia están los jóvenes.

Las instituciones que aparecen con un papel destacado en la entrega de información respecto a la sexualidad y la salud reproductiva son la escuela y los medios de comunicación. La escuela es una institución central en la promoción de conductas de cuidado, y ofrece la posibilidad de entregar contenidos más apropiados y herramientas clave para la construcción de una masculinidad más 'sana'. Así también, la escuela ofrece la posibilidad de dar paso a un debate sobre los conceptos tradicionales de masculinidad, que dé lugar al cambio en las relaciones de género y a una sexualidad protegida y placentera. En los medios de comunicación, el papel de la pornografía es un llamado de atención a la necesidad de acercarse a la vivencia de la sexualidad de los jóvenes. Creemos que su uso decrecerá en la medida que la otras instituciones respondan a estas expectativas.

Los servicios de salud no están llegando a los jóvenes, ya sea porque la atención ha sido diseñada pensando principalmente en las mujeres, o porque no resguarda las necesidades de privacidad de los jóvenes y de ser atendidos por miembros de su mismo género.

Quizás una de las áreas más difíciles de intervenir es la de los padres, generacionalmente más ligados al modelo tradicional. Pero en la medida que las otras instituciones refuercen una relación más sana con la sexualidad, los jóvenes podrán ser agentes de cambio en sus propias familias y hogares.



CAPÍTULO SEIS:

IMPLICACIONES PARA POLÍTICAS, PLANES, PROGRAMAS Y SERVICIOS JUVENILES

Introducción

De la lectura y análisis de los informes de los países se pueden derivar algunas sugerencias generales para el desarrollo de estudios, políticas y programas orientados a trabajar en el ámbito del comportamiento de riesgo asociado a la construcción de la masculinidad por parte de los hombres jóvenes.

Sugerencias sobre el enfoque del problema

PARECE OPORTUNO RELACIONAR LA DEFINICIÓN DEL RIESGO QUE HACEN LOS JÓVENES Y LA QUE HACEN LOS AGENTES DE SALUD.

En el desarrollo de sus conductas, los jóvenes no actúan en función de los cálculos de riesgo de la ciencia médica. Ellos lo hacen en función del sentido de ciertas conductas para la construcción de su masculinidad, tal como la entiende su cultura. Lo que para ellos está en riesgo y lo que hay que cuidar es la hombría; la salud es allí más o menos circunstancial. De lo anterior se deriva que no se entra al “mundo de la masculinidad” ni es posible modificar conductas mediante la fórmula simple de transmitir información sobre los riesgos epidemiológicos. Esta diferencia entre sentido epidemiológico y sentido cultural del riesgo debe ser reconocida como una condición básica del contexto en que operan las políticas y programas de salud.

El reconocimiento de esta diferencia debería orientar: **a) Los estudios en el campo de la salud masculina.** Ellos deberían servir para precisar cada vez más los sentidos subjetivos y las condicionantes objetivas del riesgo masculino. **b) Las políticas de prevención.** Uno de sus objetivos debería ser, precisamente, crear procesos que permitan que los jóvenes transiten entre ambos mundos, incorporando **el riesgo objetivo** en sus definiciones culturales de identidad.

SE DEBE CONSIDERAR QUE ES TAN IMPORTANTE MEJORAR LA CALIDAD DE LA INFORMACIÓN QUE SE LES TRANSMITE A LOS JÓVENES COMO CAMBIAR LA MANERA EN QUE ELLOS LA INTERPRETAN.

La relevancia y significado de la información sobre sexualidad que obtienen los jóvenes de las diversas fuentes a las que tienen acceso parece estar determinada principalmente por los pares. Cómo funciona la biología se aprende a través de la escuela; qué significa tener el pene corto lo transmiten los amigos. También son los pares los que definen las escalas de relevancias, cómo y qué es más problemático, tenerlo corto o ser homosexual, por ejemplo.

La comunicación de los riesgos de salud hacia los jóvenes debe tomar en cuenta este hecho. De lo contrario, no será efectiva o puede ser tergiversada. Pero no basta con reconocer los códigos que emplean los jóvenes para interpretar la información que reciben, hay que ayudarlos a que los expliquen con relación a sus problemas. Una estrategia de intervención

adecuada exige no sólo conversar con los jóvenes en su lenguaje, sino conversar sobre sus conversaciones.

Este enfoque puede tener el efecto adicional de contribuir a reducir la brecha usual entre la información de las agencias que trabajan en el campo de la salud y de la juventud, y las conductas efectivas de los jóvenes.

Además se asume que, en sociedades complejas como las nuestras, las fuentes de información aumenten sus disonancias y contradicciones. Es poco probable que se pueda producir información coherente ente las distintas fuentes. Por ello, es muy importante dotar a los jóvenes no sólo de buena información epidemiológica, sino de criterios muy sólidos de interpretación y relevancia para que aprovechen y seleccionen correctamente las fuentes de información que emplean.

Sugerencias para abordar específicamente el tema de la masculinidad

AVANZAR EN DESARROLLAR UNA “BUENA HOMBRÍA” PUEDE SER UN OBJETIVO COMÚN DE LOS JÓVENES Y LAS POLÍTICAS PÚBLICAS.

Surge un desafío importante en relación con la manera en que definimos nuestros objetivos de política. Para apoyar a los jóvenes en su salud, pareciera que el camino es aliarse con ellos en la tarea de construir su masculinidad. No se trata sólo de que el joven gane en salud, tiene que ganar en subjetividad, y tenemos que apoyarlo en esto, aun cuando hagamos más lentas nuestras políticas o corramos algunos riesgos sanitarios. Tal vez, esto resulte incluso más eficiente que nuestras actuales políticas de salud para el joven, que suelen caer en el vacío por su excesivo voluntarismo y racionalismo. La proposición a los jóvenes para que modifiquen sus conductas de riesgo sanitario sólo parece posible en la medida que ella forme parte del objetivo juvenil de obtener una “hombría buena y aceptada”. Una “buena hombría” puede entenderse como el proceso que incorpora en la construcción de la masculinidad aquellos juicios, recorridos y conductas alternativas que ponen en evidencia, por un lado, las angustias y temores de los mismos jóvenes y, por otro, las áreas donde existe una diferencia entre los riesgos vistos desde los jóvenes y desde la epidemiología. Avanzar hacia la “buena hombría” pasa por un proceso de generación, difusión y consenso de conocimientos, considerando los distintos actores involucrados.

SÓLO ES POSIBLE TRANSITAR HACIA UNA “BUENA HOMBRÍA” ASUMIENDO LAS IMÁGENES Y REPRESENTACIONES DE MASCULINIDAD EXISTENTES.

La constitución de una “buena hombría” implica el reconocimiento y valoración de mandatos y transiciones, cargados de elementos culturales y valores que constituyen la masculinidad para un joven determinado. Una intervención en pro de evitar tal o cual conducta no será eficaz en la medida que sus contenidos culturales subyacentes amenacen la construcción de la hombría en un lugar dado. Por eso, no se trata de cambiar un modelo mental, sino de aprovechar las fisuras y tensiones de la masculinidad para instalarse en ella, reconociendo y dando lugar a lo que los jóvenes temen. No es posible avanzar ni trabajar con los jóvenes sin reconocer las motivaciones y preocupaciones asociadas a la construcción de masculinidad existente.

LOS PRINCIPALES CAMBIOS EN LA MASCULINIDAD PUEDEN SURGIR A PARTIR DEL RECONOCIMIENTO DE LAS FISURAS DEL MODELO DE MASCULINIDAD TRADICIONAL Y LOS MANDATOS EMERGENTES ALTERNATIVOS.

No se espera que un proyecto público modifique la estructura de significados, prácticas y discursos de la masculinidad como un todo. En términos de políticas e investigación se trata de

tomar como punto de partida las fisuras que los propios jóvenes reportan con relación al hacerse hombre. Hay que hacerse la pregunta por las fisuras y el impacto posible de la acentuación de esas fisuras en el resto del sistema de la masculinidad. Sólo de esa manera será posible entrar e intervenir con ellos, y apoyarlos a ser “buenos hombres”.

El nuevo papel de la mujer, los cambios en la información disponible, las posibilidades de aumentar la educación, una nueva valoración de lo doméstico y de los afectos constituyen recorridos y juicios alternativos desde donde es posible pensar en intervenciones psicosociales específicas.

Es importante tener en cuenta que estas fisuras y mandatos emergentes tienden a aparecer en forma diversa y heterogénea en distintas realidades locales.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA AUTOESTIMA Y DE LA CONCIENCIA DE LA VULNERABILIDAD COMO PARTE DEL PROCESO DE “HACERSE HOMBRE” SON RECURSOS QUE DEBEN SER APROVECHADOS PARA PROMOVER LA CONSTRUCCIÓN DE UNA “BUENA HOMBRÍA”.

Si bien es cierto que el discurso social y la construcción de la masculinidad tienen un carácter estructurado y de difícil modificación, los informes de los países muestran que el tránsito a la masculinidad y el desarrollo de conductas masculinas alternativas a las tradicionales es más fácil en aquellos jóvenes que reportan una mayor autonomía, al tiempo que una mayor conciencia de su vulnerabilidad. Esto se refleja claramente en la experiencia de adolescentes que inician con retraso su desarrollo puberal; que experimentan percepciones de “anormalidad” en su desarrollo; que tienen intereses no “compatibles” con los mandatos tradicionales de masculinidad. La conciencia temprana del valor de esas diferencias abre la posibilidad de trabajar con esos jóvenes. En la misma línea, es posible concluir que el fortalecimiento de la autoestima y la entrega de habilidades para enfrentar las etapas que vienen requieren de una intervención temprana (de 8 a 12 años), o al menos en sincronía con el inicio del desarrollo puberal.

TRANSITAR DESDE UN DISCURSO SOBRE LA MASCULINIDAD AMENAZANTE A UN DISCURSO AMIGABLE.

La masculinidad tradicional se construye a partir de un discurso de la amenaza. El discurso de la masculinidad no contiene referencias a los afectos y emociones como algo positivo, sino a las tensiones y temores como algo negativo. Los hombres construyen discursivamente “la selva”, la cual justifica luego su comportamiento de “salvaje”. La aproximación externa al hombre también se hace desde esta perspectiva: el adolescente joven es prejuizado como un “salvaje”.

Es importante identificar los aspectos más específicos de la masculinidad que aparecen amenazantes y evaluar la posibilidad de intervenir sobre ellos para modificarlos.

TRABAJAR SOBRE LOS LÍMITES DE CIERTOS JUICIOS, RECORRIDOS Y CONDUCTAS PARA TENER IMPACTO EN LAS FORMAS DE HACERSE HOMBRE.

Para los jóvenes, la calle no es un lugar físico, sino un modo de comportamiento que se distancia del tratamiento infantil por parte de la madre y de la disciplina del padre. Ello puede ocurrir en muchos lugares. En la misma perspectiva, los espacios de la masculinidad son por definición “espacios de riesgo”. No es posible pensar en el diseño y construcción de espacios absolutamente “sanos” y sin riesgos para los jóvenes hombres. Sólo en la experiencia de determinados espacios ellos pueden representar sus transiciones de una etapa a otra. Pedirles a los jóvenes que eviten ciertas experiencias simbolizadas como límites significativos en el tránsito a la masculinidad es pedirles que eviten las transiciones. Eso, como es obvio, parece difícil. El objetivo que debemos trazarnos, entonces, no es convencerlos de evitar esos

espacios sino de que manejen herramientas para la gestión de sus límites. Con relación a casi todas las formas de hacerse hombre, los jóvenes distinguen los excesos de algunas conductas. Estos excesos desbordan la construcción de la masculinidad. Sin embargo, no aparecen muy trabajados por los jóvenes. Si ocurre un desborde (exceso de alcohol, violencia, coerción sexual), éste no es tratado como una transgresión. El trabajo al nivel de investigación y de intervención sobre el tema de los límites en que opera la construcción de la masculinidad aparece como un área por investigar.

Sugerencias sobre los aliados y agentes externos

UNA POLÍTICA HACIA LA MASCULINIDAD NO DEBIERA INTERVENIR SÓLO SOBRE LOS JÓVENES HOMBRES, SINO TAMBIÉN SOBRE SUS RELACIONES CON AQUELLOS QUE SON SIGNIFICATIVOS PARA ÉL.

La masculinidad es una construcción social que se forma con relación a otros, entendidos los otros como las relaciones significativas del joven en términos psicológicos y culturales. Así pues, la masculinidad debe entenderse dentro de un sistema de relaciones con otras personas significativas. Una visión sistémica permitiría reconocer a los actores involucrados y las dinámicas de relación para cada actor participante de ese sistema. Desde esta perspectiva es posible entender, por ejemplo, la mayor eficacia que parece tener la difusión del uso de condones entre hombres si se trabaja simultáneamente con mujeres. Esto significa que se necesita un tipo de información que enriquezca la comprensión de las relaciones de los jóvenes varones con los otros actores y que facilite el trabajo con las mujeres, la familia y el entorno laboral, todos ellos aspectos involucrados con la construcción de la masculinidad.

En el mundo del joven, un aspecto de especial relevancia es el deporte, y sobre todo el fútbol, el campo y el club, como escenarios altamente legitimados por la comunidad, en su capacidad de educar y evaluar la masculinidad. En la cancha de fútbol se aprende y se prueba "el lenguaje de la hombría". Por eso, la figura rectora de este espacio--el entrenador--domina el modo de actuar en el mundo público y define con precisión los mandatos de la hombría.

En relación con la escuela, la cancha de fútbol ofrece algunas ventajas desde el punto de vista de su atractivo. Mientras la primera aparece como un mecanismo de tránsito hacia identidades sociales extra locales, hacia la ciudadanía y hacia la pertenencia a una comunidad mayor, el campo se ofrece como el espacio del "sano" entretenimiento y del relajo, con gran potencial integrador a la comunidad cercana y a los pares.

DADA LA IMPORTANCIA CENTRAL QUE TIENE LA MUJER--"OTRA" EN LA DEFINICIÓN DE LAS PRÁCTICAS Y SIGNIFICADOS DE LA MASCULINIDAD, RESULTA ACONSEJABLE INCORPORARLA EN LAS ESTRATEGIAS DE INTERVENCIÓN.

El modelo tradicional de masculinidad pone en la "Otra" (en cuanto a objeto del deseo y expresión final de logros y destinos) gran parte de las tensiones y ansiedades que preocupan a los jóvenes hombres. De los estudios se desprende que las experiencias de relaciones basadas en códigos distintos a los de la sexualidad subordinadora, como la amistad, conversaciones grupales con niñas, comunicación por Internet, juegos, etc., abren la posibilidad de conductas alternativas. Especial interés tiene abordar no sólo el tema de la sexualidad, sino el de las relaciones hombre-mujer en sus diferentes formas: elección de pareja, encuentro, enamoramiento, noviazgo, consolidación.

Como se ha visto en los capítulos anteriores, las significaciones alternativas de la masculinidad surgen en gran medida como consecuencia de experiencias alternativas a los sentidos y prejuicios presentes en los mandatos tradicionales. La incorporación de la mujer en las estrategias de intervención sobre la masculinidad significa algo más que hablar de ellas o de

las relaciones con ellas. Se trata, sobre todo, de facilitar experiencias en la relación hombre-mujer que cuestionen los mandatos tradicionales. Como se ha mencionado más arriba, se pueden promover experiencias que permiten validar la idea de que la expresión de emociones puede aumentar la fortaleza personal. Ello cuestionará muchos mandatos tradicionales.

LOS AGENTES EXTERNOS PUEDEN AUMENTAR SU CAPACIDAD DE INTERVENCIÓN SI “TRANSITAN” HACIA EL MUNDO DE LA MASCULINIDAD.

Se ha sugerido que la prevención del riesgo adolescente exige intervenciones sistémicas sobre el complejo de relaciones que definen los significados y prácticas del tránsito a la masculinidad. Esto significa que las políticas deben considerar la intervención cultural.

La cultura es refractaria a las intervenciones sistémicas, haciendo imposible el cambio total del modelo de masculinidad imperante. Por lo tanto, la única alternativa de cambio (e intervención) es a través de las fisuras que el mismo modelo permite. Cuando se pone en cuestión el conjunto de las significaciones de un grupo, éste suele reaccionar violentamente para reafirmar la identidad cuestionada. Varios informes de país ponen de manifiesto este hecho.

La intervención cultural exige potenciar aquellas tendencias de cambio endógenas de las culturas que son coherentes con las políticas diseñadas. Para esto, los agentes externos deben “transitar” hacia el mundo de la masculinidad y de los jóvenes. Primero, reconociendo las dinámicas propias del mundo juvenil y el valor que éstos le atribuyen. Segundo, utilizando los recursos de los jóvenes: sus lenguajes, sus espacios, los esfuerzos de algunos para introducir prácticas alternativas. Tercero, acogiendo las propias diferenciaciones del mundo juvenil como criterios de especialización y organización de los servicios de salud. Por ejemplo, no es lo mismo para un joven desvestirse frente a sus padres que frente a los pares o frente a los compañeros de escuela. Cada una de esas situaciones tiene distintos significados y generará actitudes diferenciadas frente a los agentes externos. Diferenciaciones como éstas deberían servir para mejorar, por ejemplo, la eficacia de los controles médicos.

En otro plano, la identificación correcta de escenarios en los cuales intervenir supone también un esfuerzo de observación de aquellos espacios todavía no reconocidos en toda su importancia, como lo son, por ejemplo, los campos de fútbol. La potencialidad de este escenario radica en que la intervención de agentes externos se entiende como parte del fenómeno global del fútbol (cuerpo técnico-directivo del equipo) y es, por lo mismo, altamente valorada. La figura clave para esta intervención, por la autoridad que indudablemente ésta genera, es el entrenador, a quien, a pesar de ser un importante transmisor de contenidos, nunca se verá como un “profesor”. En este contexto, esto aumentará la eficacia de la comunicación y su penetración en la comunidad, a quien, por excelencia, el entrenador representa.

El “tránsito” hacia el mundo de la masculinidad por parte de los agentes de salud supone el desarrollo de habilidades. La intervención cultural exige la formación de recursos humanos para este fin.